

LOS FERROVIARIOS HAN ACONDADO APLAZAR LA HUELGA QUE TENIAN ANUNCIADA PARA EL DIA 20



LA INFORMACION

Año V

San Sebastián, lunes 19 de Enero de 1920

Número 1203

Teléfono 0-63 • Dirección y Redacción
Teléfono 17-68: Administración y Oficinas

44, Urbieta, 44

TARIFA DE SUSCRIPCION
Un año, 16,00 ptas. Un trimestre, 4 ptas.
Un mes, 1,80 ptas. Un semestre, 8 ptas.

Viuda de Miguel Mendizabal

TALLER DE ALBANILERIA, PINTURA Y DORADOS
participa a su distinguida clientela que no perteneciendo a ella el señor don Angelino Mendizabal, contra-maestro de la misma, quedan encargados de los trabajos de la casa mis hijos José y Pedro.

Los encargos se reciben en la calle de Garibay, almacén de papeles pintados, y por teléfono 324.

PAGINAS DE LA VIDA

Venció la débil

En el salón azul de la suntuosa morada de una de ellas se reunían dos veces por semana las señoras de "La Justicia pura".

Extrana Sociedad cuyo solo nombre deslumbraba y hasta desconcertaba! Era una ligaz de protección de socorro. Una nube de sensibilidades, nubes ni de mal sano favores concedidos al viejo, a la pereza, a la estupidez. No! la admirada asociación, tan conocida e influyente en la ciudad, actuaba conforme a leyes justas, a recomendaciones aquilatadas.

Justicia para! Y aquellas arrogantes mujeres, deslumbradas de joyas, espléndidas en sus trajes finos, alitas de confort en la estancia exquisita, divididas y subdivididas en cada par de cuantos suscitaban un apoyo, una ayuda, y se marcaban una ruta severa e inflexible para adquirir numerosos informes de los peticonarios.

No era justo conceder favor a nadie de la absoluta certitud de la moralidad, de honradez, de toda clase de virtudes civicas. Decían las rigidas patricias que la sociedad y el mundo se perdían por exceso de igualdad y de blandura; y que las plomadas y los corazones y las almas se estaban consumiendo, si no lo estaban ya, porque la idea de la justicia se había traspasado de la tierra.

En el primer artículo del Reglamento resaltaba la mente inspiradora: "Queremos e imponemos juicio; para los espíritus modernos y luminosos, es ella la única reacción del último. Esa a que se ha llamado siempre caridad, no puede ser en estos tiempos sino una secreción de las astucias limitadas."

Y he aquí que más tarde, muy suavemente, muy estafadamente, penetró por el azul una humilde silueta femenina.

"Mamá por aquí?" — interrogó no poco sorprendida la angusta tesorera de la asociación.

— Benito sea Dios! — exclamó suavemente la joven.

Y eso fue todo.

Y la pomposa Liga de "La Justicia pura" no podía jamás registrar en su lista victoria como aquella.

J. LE BRUN.

Chismografía electoral

Estamos en el despertar del cuerpo electoral. Los comités políticos han hecho ya sus candidaturas para concejales y lo que es hoy, algo tranquilo, ha de convertirse pronto en agitado mar.

Como no tenemos entrada en ningún Sánchuri político, recogeremos en la calle el rumoreo sobre temas electorales, para darlos a conocer a nuestros lectores, pues hoy por hoy, es este el problema que más interesa al público.

— Van todos los partidos políticos a la India?

Escuchando lo que hasta ahora aparece, podemos afirmar rotundamente, que todos, absolutamente todos, los partidos o agrupaciones políticas se aprestan a la India.

En qué categoría vamos a colocarla?... Protección al trabajo, salubridad en las viviendas, lucha contra el alcoholismo o contra la tuberculosis... Imposible; ese caso tuvo no está previsto. Y además, se tratará tal vez peligroso, peligrosísimo, el abordar a ese hombre. Esta clase de gente son realmente como bestias feroces.

Es preciso desentenderse de ellas y dedicarnos, por entero a quienes merecen toda nuestra atención... No se acoja usted, no se apure Usted no tiene obligación de rendirle ese desagradable caso. Usted es un ángel y se ofige ante cualquier impresa de la vida...

Y eso de que era un ángel se lo decía con tal tonillo que más parecía querer dignificarse: usted es una inocente, una poca, una boba que se dejó engañar.

Nunca le pareció a Carmen tan imposible, tan negra, tan traidora la noche en que cuando salió de la famosa casa. Todo sombrío, a pesar de su radiante colección eléctrica de las calles.

Luz falsa!...

Y he aquí que una mañana se enteró la compasiva obra de que la niña del vecino morenito estaba enferma.

Sin dudar ni un instante, corrió a verla. En el último piso de un caserón leproso, se hincó un suizo camastro, yacía la infeliz en delirio y en fiebre.

Sentado junto al lecho, permaneció un hombre, acobardado y muerto como una bestia.

— ¡Muy mal está la pobre! — dijo Carmen — pero confíemos en Dios... y traímos.

Y ante la mirada entontecida, idiota del padre, se puso a trabajar.

Arrugó la cara, encendió el fuego, puso en orden la leonera aquella, se dedicó a la enferma, la atendió, la consoló, la acarició.

— El tifus? — interrogó al médico, extremada un breve momento.

Más, anotó, decidida, valiente, se interpuso entre la niña enferma y entre la muerte que acechaba.

— Grandes nergias y ciertas abnegaciones derrochó!

El padre la dejaba hacer y obedecía sin chistar siquiera.

A veces murmuraba:

— Va usted a contagiar...

— ¡Qué importa! — respondía Carmen sin cesar en su labor santa de enfermera.

Y cuando al cabo de los días, fué salvada la tifosa, la joven se dispuso a marchar, sin decir nada, sin pedir nada, sin recomendar nada, sabedora de que si así ganaba un salario moral es ya hacerse pagar.

Sencillamente comenzó a decir adiós.

El hombre, roncamente, gritó:

— ¡Gracias por todo!

Y si Carmen no hubiera estado un poco cansada por las lágrimas, hubiera podido ver que también había lágrimas en aquellos ojos tan duros.

Poco tiempo después, en medio de la calle, en encuentro casual, oyó la buena obra otra vez palabras:

— Hemos de ir a despedirnos de usted. Nos vamos al pueblo, a vivir en una hermana de mi mujer... Yo iré al campo, volveré a mis tiempos de labrador... La pequeña está loca de contento... ¡Cuánto se agradecerá de usted!... Ya nos llegaremos a despedirnos...

— Benito sea Dios! — exclamó suavemente la joven.

Y eso fue todo.

Y la pomposa Liga de "La Justicia pura" no podía jamás registrar en su lista victoria como aquella.

— Mamá por aquí? — interrogó no poco sorprendida la angusta tesorera de la asociación.

— Veamos qué te ocurre.

Era muy sencillo. Carmen se había arriesgado a apelar a las señoritas para hablarle de su suceso trágico y doloroso.

Se trataba de una lamentable familia, cuya madre acababa de fallecer. Quedaban el padre y una hija de doce años. Y aquél nombre mudo, carne de cárcel, violento, soez, implícito, obligaba a la niña a servir en mi mercenario sospechoso donde ella taba y bailaba para divertir a los hombres.

Carmen, alarmada, compadecida de la enorme degracia, más creyéndose incapaz de remediarla, esperaba que las damas perdiéramos libertaria a la frágil cautiva, y a ella acudía en demanda de una misericordia.

— Misericordia? — exclamó la presidenta. — ¡Imposible, hija mia! No veo medio de favorecer a tu recomendada...

— En qué categoría vamos a colocarla?... Protección al trabajo, salubridad en las viviendas, lucha contra el alcoholismo o contra la tuberculosis... Imposible; ese caso tuvo no está previsto. Y además, se tratará tal vez peligroso, peligrosísimo, el abordar a ese hombre. Esta clase de gente son realmente como bestias feroces.

Es preciso desentenderse de ellas y dedicarnos, por entero a quienes merecen toda nuestra atención... No se acoja usted, no se apure Usted no tiene obligación de rendirle ese desagradable caso. Usted es un ángel y se ofige ante cualquier impresa de la vida...

Y eso de que era un ángel se lo decía con tal tonillo que más parecía querer dignificarse: usted es una inocente, una poca, una boba que se dejó engañar.

Nunca le pareció a Carmen tan imposible, tan negra, tan traidora la noche en que cuando salió de la famosa casa. Todo sombrío, a pesar de su radiante colección eléctrica de las calles.

Luz falsa!...

Y he aquí que una mañana se enteró la compasiva obra de que la niña del vecino morenito estaba enferma.

Sin dudar ni un instante, corrió a verla. En el último piso de un caserón leproso, se hincó un suizo camastro, yacía la infeliz en delirio y en fiebre.

Sentado junto al lecho, permaneció un hombre, acobardado y muerto como una bestia.

— ¡Muy mal está la pobre! — dijo Carmen — pero confíemos en Dios... y traímos.

Y ante la mirada entontecida, idiota del padre, se puso a trabajar.

Arrugó la cara, encendió el fuego, puso en orden la leonera aquella, se dedicó a la enferma, la atendió, la consoló, la acarició.

— El tifus? — interrogó al médico, extremada un breve momento.

Más, anotó, decidida, valiente, se interpuso entre la niña enferma y entre la muerte que acechaba.

— Grandes nergias y ciertas abnegaciones derrochó!

El padre la dejaba hacer y obedecía sin chistar siquiera.

A veces murmuraba:

— Va usted a contagiar...

— ¡Qué importa! — respondía Carmen sin cesar en su labor santa de enfermera.

Y cuando al cabo de los días, fué salvada la tifosa, la joven se dispuso a marchar, sin decir nada, sin pedir nada, sin recomendar nada, sabedora de que si así ganaba un salario moral es ya hacerse pagar.

Sencillamente comenzó a decir adiós.

El hombre, roncamente, gritó:

— ¡Gracias por todo!

Y si Carmen no hubiera estado un poco cansada por las lágrimas, hubiera podido ver que también había lágrimas en aquellos ojos tan duros.

Poco tiempo después, en medio de la calle, en encuentro casual, oyó la buena obra otra vez palabras:

— Hemos de ir a despedirnos de usted. Nos vamos al pueblo, a vivir en una hermana de mi mujer... Yo iré al campo, volveré a mis tiempos de labrador... La pequeña está loca de contento... ¡Cuánto se agradecerá de usted!... Ya nos llegaremos a despedirnos...

— Benito sea Dios! — exclamó suavemente la joven.

Y eso fue todo.

Y la pomposa Liga de "La Justicia pura" no podía jamás registrar en su lista victoria como aquella.

— Mamá por aquí? — interrogó no poco sorprendida la angusta tesorera de la asociación.

— Veamos qué te ocurre.

Era muy sencillo. Carmen se había arriesgado a apelar a las señoritas para hablarle de su suceso trágico y doloroso.

Se trataba de una lamentable familia, cuya madre acababa de fallecer. Quedaban el padre y una hija de doce años. Y aquél nombre mudo, carne de cárcel, violento, soez, implícito, obligaba a la niña a servir en mi mercenario sospechoso donde ella taba y bailaba para divertir a los hombres.

Carmen, alarmada, compadecida de la enorme degracia, más creyéndose incapaz de remediarla, esperaba que las damas perdiéramos libertaria a la frágil cautiva, y a ella acudía en demanda de una misericordia.

— Misericordia? — exclamó la presidenta. — ¡Imposible, hija mia! No veo medio de favorecer a tu recomendada...

— En qué categoría vamos a colocarla?... Protección al trabajo, salubridad en las viviendas, lucha contra el alcoholismo o contra la tuberculosis... Imposible; ese caso tuvo no está previsto. Y además, se tratará tal vez peligroso, peligrosísimo, el abordar a ese hombre. Esta clase de gente son realmente como bestias feroces.

Es preciso desentenderse de ellas y dedicarnos, por entero a quienes merecen toda nuestra atención... No se acoja usted, no se apure Usted no tiene obligación de rendirle ese desagradable caso. Usted es un ángel y se ofige ante cualquier impresa de la vida...

Y eso de que era un ángel se lo decía con tal tonillo que más parecía querer dignificarse: usted es una inocente, una poca, una boba que se dejó engañar.

Nunca le pareció a Carmen tan imposible, tan negra, tan traidora la noche en que cuando salió de la famosa casa. Todo sombrío, a pesar de su radiante colección eléctrica de las calles.

Luz falsa!...

Y he aquí que una mañana se enteró la compasiva obra de que la niña del vecino morenito estaba enferma.

Sin dudar ni un instante, corrió a verla. En el último piso de un caserón leproso, se hincó un suizo camastro, yacía la infeliz en delirio y en fiebre.

Sentado junto al lecho, permaneció un hombre, acobardado y muerto como una bestia.

— ¡Muy mal está la pobre! — dijo Carmen — pero confíemos en Dios... y traímos.

Y ante la mirada entontecida, idiota del padre, se puso a trabajar.

Arrugó la cara, encendió el fuego, puso en orden la leonera aquella, se dedicó a la enferma, la atendió, la consoló, la acarició.

— El tifus? — interrogó al médico, extremada un breve momento.

Más, anotó, decidida, valiente, se interpuso entre la niña enferma y entre la muerte que acechaba.

— Grandes nergias y ciertas abnegaciones derrochó!

El padre la dejaba hacer y obedecía sin chistar siquiera.

A veces murmuraba:

— Va usted a contagiar...

— ¡Qué importa! — respondía Carmen sin cesar en su labor santa de enfermera.

Y cuando al cabo de los días, fué salvada la tifosa, la joven